



La primavera árabe y las desilusiones post-revolucionarias: lecciones desde Vaclav Havel

Mauricio Jaramillo Jassir

Profesor de la Universidad del Rosario, Magíster en Seguridad Internacional del Instituto de Estudios Políticos de Toulouse y en Geopolítica del Instituto Francés de Geopolítica de París. Aspirante a Doctorado en Ciencia Política de la Universidad de Toulouse. Coordinador de la línea sobre Seguridad Hemisférica en el CEESEDEN.

La llamada primavera árabe es sin duda un levantamiento popular de envergadura que no debe ser confundido con un cambio estructural de regímenes. Esta transformación podría ocurrir pero hasta el momento, los efectos de los levantamientos siguen siendo insospechados.

Como su nombre lo indica el antecedente que tiene esta primavera se puede observar en los movimientos y/o manifestaciones disidentes frente al “socialismo real” en los entonces países de la llamada “Cortina de Hierro”. De manera particular, existen dos escenarios que podrían ser análogos con lo que está ocurriendo en el norte de África y en Medio Oriente.

En primer lugar, la abortada Revolución Húngara de 1956 fue uno de los primeros levantamientos que buscaron flexibilizar el comunismo pro-soviético que se había instalado en el gobierno de Budapest. Imre Naggy, primer ministro húngaro, surgió como uno de los líderes que inspiró una serie de reformas que buscaban un cambio en dicho régimen. No obstante, este intento fue rotundamente castigado por los soviéticos que ejecutaron a Naggy asumiendo que sus reformas eran una amenaza al establecimiento socialista.

En segundo lugar, luego de unos años de descontento por las restricciones a las libertades individuales ocurrió una manifestación importante de disidencia contra el co-





munismo soviético. El primer ministro de la entonces Checoslovaquia Alexander Dubček preconizó un “socialismo de rostro humano” permitiendo mayores libertades y algunas iniciativas privadas. El efecto de esta suerte de flexibilización del régimen fue inmediato. Estudiantes, trabajadores, intelectuales y gente de todo tipo comenzaron a exigir reformas de mayor envergadura, y se produjeron concentraciones masivas en el centro de Praga en la emblemática plaza Wenceslav.

La respuesta de Moscú fue enérgica y contundente. Se ordenó el desplazamiento de tropas del Pacto de Varsovia, acuerdo de seguridad colectiva firmada por la mayoría de países de Europa Central y Oriental alineados con la Unión Soviética (con la excepción de Yugoslavia y Albania que aunque eran comunistas, no seguían el modelo soviético). Según el acuerdo una amenaza contra alguno de los miembros representaba un atentado contra el conjunto. De suerte que las tropas del ejército rojo ingresaron a Praga para ahogar el levantamiento en la bautizada desde ese entonces, Primavera de Praga.

El 26 de enero de 1969 y ante el agobio por la presión del régimen comunista checoslovaco un estudiante de apenas 20 años decidió prenderle fuego a su cuerpo a manera de protesta en uno de los eventos más conmovedores de la historia política del siglo XX. Para muchos la muerte de Jan Palach fue el comienzo del fin del gobierno prosoviético que se había instalado en Praga y que derivó en niveles inimaginados de terror y represión. En ese entonces las imágenes del sepelio del joven inmolado desnudaban una Checoslovaquia desesperanzada pero suficientemente indignada como para forjar cambios (Jaramillo, 2001, 6 de marzo).

La pregunta que surge revisando los casos de Hungría y Checoslovaquia es: ¿Luego de

estos levantamientos masivos, algún cambio estructural tuvo lugar? La respuesta a simple vista apuntaría a decir que no, ya que no hubo una transformación esencial en los regímenes. De manera que estos hechos fueron tan sólo manifestaciones espontáneas que no pudieron cambiar dichos regímenes. Es más, luego de estos hechos, los gobiernos prosoviéticos de Budapest y Praga emprendieron lo que se conoció como la “normalización” que fue un endurecimiento del sistema político. No obstante ambos fueron en buena medida los sucesos que inspiraron las revoluciones que en los años ochenta lograron el cambio estructural del régimen.

A partir de los sucesos de Praga en 1968, se fortaleció la disidencia y se organizó mejor en torno a la Carta 77 y al Foro Cívico. En dicha Carta un grupo de intelectuales y líderes checoslovacos le pedía el gobierno respetar los principios de la Declaración de los Derechos Humanos de la ONU en 1948 (Pérez, 1979). Vale decir que años después la represión contra este grupo se hizo patente. Su portavoz y líder fue el dramaturgo Vaclav Havel quien estuvo privado de la libertad.

Observando estos hechos, es posible entender que los cambios en la historia obedecen a procesos graduales que requieren de años. Resulta difícil pretender asir las consecuencias de un hecho político como un intento de revolución, cuando se carece de suficiente perspectiva que sólo se obtiene luego del paso del tiempo.

En el caso de los países de Europa Central y Oriental los grandes cambios ocurrieron 20 o 30 años después de estos levantamientos. Este fenómeno es dicente de lo que podría ocurrir con lo que han denominado la “Primavera Árabe”.

Con lo anterior no se pretende decir que en 20 o 30 años los países del Norte de África y





del Medio Oriente conocerán la democracia, tal como la experimentaron sus pares de Europa Central en estas última décadas. Sólo se insiste en la necesidad de entender a la historia como un proceso prolongado compuesta de hechos que requieren de maduración.

Los hechos en el Medio Oriente y el Norte de África

Desde hace varios meses se ha discutido el significado de lo ocurrido en Bahréin, Egipto, Libia, Túnez y Siria y de posibles impactos en Argelia, Jordania y Marruecos. Lo primero que se debe aclarar es que se trata de movimientos sociales difíciles de sondear, ya que en estos países no existe una sociedad civil organizada y cohesionada que ejerce un control político. Esto tan sólo sucede en las democracias en las que exista un control ciudadano, como lo llamaría Guillermo O'Donnell (1996), una *accountability* horizontal (p. 44).

De esta forma, se complejiza la comprensión del destino de estos levantamientos porque aún no son visibles liderazgos claros desde la sociedad civil. Dicho de otro modo, no se ven figuras de la disidencia como ha ocurrido en otras revoluciones. Es innegable que el sindicato que resistió al comunismo en Polonia, Solidaridad necesitaba de Lech Walesa como dirigente que orientaba el mo-

vimiento. Lo mismo se podría decir de otras revoluciones que han tenido lugar como en Cuba o en Sudáfrica, donde los liderazgos terminaron siendo vitales.

Hasta el momento esto no se percibe en Medio Oriente ni en el Norte de África. No obstante, esto no quiere decir que no puedan surgir nuevos liderazgos en el corto o mediano plazo.

Asimismo, es prudente recordar que hasta el momento se trata de un fracaso rotundo por establecer un sistema mixto disociando lo político de lo económico. Esto quiere decir, que la estrategia de promover la economía de mercado y el liberalismo económico, sin que necesariamente esto haya estado acompañado de una política de instauración de valores democráticos de forma efectiva no funciona, o por lo menos no en esta zona del mundo.

Egipto y Túnez eran dos supuestos modelos en el sentido económico por ello, entre otros, tenían buenas relaciones con la mayoría de países de Occidente. En el caso egipcio es flagrante de esta tendencia. Desde la firma de los acuerdos de Camp David a finales de los 70 cuando se reconoció a Israel y se cambió drásticamente el rumbo de su política exterior, esta nación afianzó sus lazos con Estados Unidos convirtiéndose en uno de los mayores receptores de ayuda de Washington.





Desde ese entonces, Egipto se dotó de una política contradictoria, porque se trataba de una diplomacia que lo acercaba a Occidente, pero con unos niveles internos de represión evidentes como ocurrió con la exclusión política del movimiento de los Hermanos Musulmanes y con la censura constante a la oposición. En los últimos meses esta represión llevada a cabo por el presidente Hosni Mubarak fue cada vez más evidente y puso de manifiesto la contradicción de haber disociado lo político de lo económico.

En el caso de Libia, la situación es similar. Desde 2004, el gobierno de Omar al Gadafi cambió su postura frente a Occidente y renunció a su aspiración de dotarse de armas de destrucción nuclear. Eso aunque cambió la percepción de la Unión Europea y de Washington con respecto al régimen de Trípoli, no significó un cambio significativo en el régimen.

Esta política equivocada de la mayoría de países de Occidente, fue la que eclipsó la forma en que poco a poco algunos regímenes que habían adoptado el dogma neoliberal iban convirtiendo su sistema político en un régimen inviable e insostenible.

Irán y Turquía: quienes mayor provecho obtienen

Las crisis políticas en estos Estados del Norte de África y del Medio Oriente dejan en claro que el gran perdedor con toda la situación es el mundo árabe que pierde cada vez más líderes y se queda sin interlocutores en la política internacional. Uno a uno han ido cayendo los grandes liderazgos árabes. Egipto quien por años había sido para muchos el líder natural del mundo árabe perdió prestigio en su región cuando firmó la paz con Israel y sin duda la caída de Mubarak ha sido un golpe mortal para la proyección de este país

como interlocutor global del mundo árabe.

Recientemente, también se desmoronó la figura de Saddam Hussein quien también intentó liderar el mundo árabe enfatizando la disidencia contra Israel, luego de los años 90. Indudablemente, un Irak al borde de ser un Estado fallido no cuenta con las capacidades para fungir como líder. Lo mismo se puede decir de Siria y de Libia que a merced de sus crisis internas han perdido toda legitimidad y credibilidad en el sistema internacional.

En contraste, existen dos países de mayoría musulmana que tiene estrechos lazos culturales con el mundo árabe y cuyos modelos han demostrado funcionar sobrepasando las crisis políticas a diferencia de países como Túnez, Egipto o Libia. Irán y Turquía demostraron en esta época de grandes cambios que sus sistemas son viables y sostenibles. Más allá de lo que se pueda decir de la legitimidad en materia de Derechos Humanos, ambos Estados han construido modelos que se han mantenido a lo largo del tiempo. Paradójicamente se trata de dos polos opuestos: Turquía un modelo laico desde los años 20 e Irán un régimen teocrático desde finales de los años 70.

Se puede decir que ante las crisis políticas que han enfrentado los sistemas han mostrado su viabilidad, ninguno es árabe y ambos representan dos modelos casi que irreconciliables.

Apuntes finales

Los levantamientos que se han enmarcado en la denominada Primavera Árabe son hechos que requieren de perspectiva para su interpretación. De todos modos, los antecedentes de algunas revoluciones ocurridas en Europa Central y Oriental pueden servir como referentes para entender que se debe esperar para observar los resultados,





tal como ocurrió con los grandes cambios en estos países que requirieron de 20 o 30 años. Una lección importante que ya empieza a ser evidente es que el descontento que surge después del levantamiento -y que Vaclav Havel (2006) denominó la desilusión post-revolucionaria- hace pensar en que ningún cambio tendrá lugar:

Todas las revoluciones pasan de la euforia a la desilusión. En un clima revolucionario de solidaridad y autosacrificio, la gente suele pensar que, cuando su victoria sea completa, el paraíso en la Tierra será inevitable.



Empero, es probable que ocurran pero luego de un tiempo como se dijo anteriormente.

Finalmente, los proyectos políticos que podrían disfrutar mayores niveles de liderazgo son Turquía e Irán, que paradójicamente no son árabes. Aunque en el mundo árabe -musulmán exista una tensión con el régimen de Teherán éste sigue siendo un referente de disidencia frente a Occidente. Turquía y su proyecto laico siguen ganando adeptos y su viabilidad parece hoy indiscutible.

Sin duda ésta década que comienza será de grandes cambios en esta región.

Bibliografía

- Jaramillo, M. (2011, 6 de marzo). Jan Palach y la desilusión post-revolucionaria en Egipto. *El Nuevo Siglo*.
- O'Donnell, G. (1996). Illusions about consolidation. *Journal of Democracy*, 7 (2), 34-51.
- Pérez, J.L. (1979, 23 de octubre). Carta 77 o el espíritu de la Primavera de Praga. *El País*. Recuperado de http://www.elpais.com/articulo/internacional/CHECOSLOVAQUIA/Carta/77/espíritu/primavera/Praga/elpepiint/19791023elpepiint_3/Tes
- Havel, V. (2006). La superación de la desilusión revolucionaria. *Project Syndicate*. Recuperado de <http://www.project-syndicate.org/commentary/beyond-revolutionary-disillusion/Spanish>

